

TRADUCCIÓN

CARTA SOBRE EL PROYECTO DE UN LENGUAJE UNIVERSAL

R. Descartes

Traducción y Notas:
Juan Francisco Manrique
Universidad del Minuto de Dios

1. Introducción

La carta del 20 de noviembre de 1629 dirigida al famoso padre franciscano Marin Mersenne puede ser considerada como el documento en que Descartes consigna su opinión respecto al proyecto de un lenguaje universal. Empezar la búsqueda de un lenguaje universal, artificial y perfecto, era una meta muy popular en el siglo XVII, que según algunos es la que mejor refleja el ideal filosófico de la época (Cf. Mungello. 2003. p. 92). Es necesario explicar un poco esto. Para dicha centuria, Europa ha perdido su unidad lingüística, debido al nacimiento de los Estados nacionales, cuyo símbolo principal, junto con la monarquía y una historia común, es la lengua nacional. Montaigne compone sus famosos *Ensayos* en francés, Shakespeare y Thomas Brown pueden escribir sin problema en inglés, Lutero traduce la Biblia al dialecto sajón que dará origen a la lengua alemana, Cervantes y Quevedo escriben en español y Dante, tres siglos antes, compone su *Divina Comedia* en el dialecto toscano, la fuente del italiano. Es claro que las lenguas europeas ya se habían diferenciado durante la Edad Media, al menos hasta cierto punto, como lo demuestran el *Cantar del Mio Cid*, el *Cantar de Roldan*, o el *Cantar de los Nibelungos*. La cuestión es que el mundo académico todavía consideraba al latín como la lengua en la que el conocimiento debía ser vertido, y en esa medida, el mundo intelectual europeo, mantenía una cierta unidad lingüística. Pero en los siglos XVI y XVII la unidad lingüística de Europa se rompe. No sólo comienza a aparecer esta “literatura nacional” al estilo de Montaigne, Shakespeare o Cervantes (al margen de las universidades), sino que Europa misma se encuentra con naciones cuyas lenguas no tienen parentesco alguno con el latín, como las

de tribus indígenas de América o las del imperio chino. El relato bíblico de Babel parece hacerse realidad de nuevo, y claramente, sólo un milagro podría redimir al hombre de esta “caída”.

La idea de una lengua universal es la solución planteada para este “segundo Babel”. Se piensa que las lenguas han de tener patrones comunes, pero hay disputas sobre cuales son ellos. Al menos hubo tres tipos de propuestas a este respecto. La primera provenía de los seguidores de la cábala y otros judaizantes. Piensan que todas las lenguas son dialectos o modificaciones del hebreo, que Adán y Eva hablaron hebreo, y que sólo el pueblo judío mantuvo viva esta lengua sagrada luego del suceso de Babel, de modo que ella ha de ser la lengua universal, mediante la cual todas las lenguas del mundo han de entenderse y unificarse. La segunda propuesta provenía de simpatías nacionalistas, y nació como respuesta a los judaizantes. La Biblia no explicita que la lengua hebrea fuese la que hablaron Adán y Eva; pudo ser cualquier otra, y basados en ello, cada nacionalista postuló la lengua de su propio país como la lengua originaria de la cual se derivaban las otras. La tercera propuesta es de carácter racionalista. Se piensa que lo verdaderamente universal entre los hombres es la razón, y la manifestación más clara de la razón humana son las matemáticas. Así, la construcción de las lenguas ha de regirse por patrones racionales, del mismo modo en que se construye geoméricamente una figura. Se cree que la razón construye las lenguas bajo los mismos patrones siempre, sólo que éstos son oscurecidos por expresiones vulgares e inútiles añadidas a la lengua por la fuerza de la costumbre. Así, una lengua universal en este sentido, es el conjunto de los patrones de construcción lingüística compartidos por todas las lenguas, depurados de expresiones inútiles, añadidas, o meramente particulares.

166

Es claro que de las tres propuestas, la que tuvo más importancia filosófica fue la última, al menos durante el siglo XVII. No obstante, pierde fuerza en el siglo siguiente como lo denuncia el artículo “lenguas” del *Diccionario Filosófico* de Voltaire. Esta búsqueda de la lengua universal tiene una relación muy cercana con la obsesión de la época con la certeza en el conocimiento, así, el estudio del lenguaje está anclado en cómo éste puede aclarar u oscurecer el conocimiento (Cf. Dascal. 1994, p.15-16); razón por la cual se busca una lengua libre de los problemas que presentan las lenguas corrientes.

La carta que aquí presentamos es una respuesta a una carta previa de Mersenne en la que se enumeran seis proposiciones que, al parecer, resumen la doctrina de un tal Hardy respecto a la construcción de un lenguaje universal, las cuales postulan una propuesta de corte racionalista. Este “Hardy” es un personaje difícil de identificar. Umberto Eco identifica a Hardy con un tal Des Vallées, cuyo nombre pudo ser cambiado en la carta quizá a causa de

los problemas que tuvo con Richelieu (Cf. Eco. 1994, p. 183). Gaukroger apoya la identificación de Des Vallées como el Hardy de la carta de Descartes, argumentando que escritores de la época como Charles Sorel y Tallement de Reaux le atribuyen el descubrimiento de una *langue matrice*, la cual, según el propio Des Vallées, sería un lenguaje secreto al que sólo él mismo y los ángeles podían acceder (Cf. Gaukroger. 1994, p. 445 nota). Derrida suspende el juicio afirmando que en la actualidad nada sabemos de Hardy (Cf. Derrida. 1995, p. 73), no obstante, el nombre hace probable que fuese un inglés, y si ello es así, tal vez su proyecto estuviese influenciado por la amonestación de Francis Bacon frente a los engaños del lenguaje popular o *ídolos del foro* (Cf. Bacon. 1984. I, § 59-60). Sin embargo, el apellido se encuentra también entre los franceses. No hay evidencia alguna para creer que pudiera ser el dramaturgo francés Alexandre Hardy (1570-1632). Rodis-Lewis no habla de la carta, pero menciona a un jurista y matemático francés llamado Claude Hardy (1598-1678) que sería un jurado en la disputa respecto a la geometría analítica entre Descartes y sus contradictores (Rodis-Lewis. 1996, p. 154). El perfil de este Hardy es en mi concepto el que más se adecua al Hardy de la carta, pues es un hombre cuyo dominio de los idiomas (entre ellos el árabe) lo capacitó para hacer una traducción latina de Euclides. Esta opinión es compartida por el editor de las obras de Mersenne, De Waard (Cf. Gaukroger 1994, p. 445n.), y parece acomodarse al “difunto señor Hardy” que Leibniz menciona en los *Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento Humano* como un gran geómetra y orientalista de la primera mitad del siglo XVII (Leibniz. 1977, p. 490-491).

167

Ahora bien, en la carta, Descartes deja notar que tanto él mismo como Mersenne sólo conocen el proyecto de Hardy a través de estas seis proposiciones; la meta de Descartes es hacer conjeturas con base en ellas y esperar a que Mersenne juzgue sobre su pensamiento cuando tenga la oportunidad de ver el sistema en su totalidad, quizá en una obra impresa de autoría de Hardy. La costumbre de enviar doctrinas o descubrimientos resumidos en proposiciones es tan antigua que ya Arquímedes en su *Método sobre los Teoremas Mecánicos* le escribía a Eratóstenes que, en esa ocasión, le mandaba las demostraciones de los teoremas que previamente le había enviado sólo enunciados (Cf. Arquímedes. 2005, p. 163). La práctica se retoma en los albores de la modernidad como lo muestran los concursos matemáticos organizados por Pascal, en los cuales se enviaba a los concursantes el enunciado de un teorema y se esperaba que fuese devuelto junto con su demostración. La correspondencia entre Arnauld y Leibniz por los años de 1680 es una prueba de que esta práctica se mantuvo hasta bien entrado el siglo XVII. Leibniz envía a Arnauld una lista de proposiciones que resu-

men su *Discurso de Metafísica*, y toda la correspondencia se ancla en una discusión sobre una de ellas.

168 La carta de Descartes a Mersenne puede ser dividida en tres partes: Descartes dedica la primera parte a exponer su opinión sobre las proposiciones de Hardy, las cuales no trata en orden; la segunda es una exposición de dos inconvenientes que Descartes encuentra en un proyecto tal; y la tercera es la exposición de lo que el propio Descartes añadiría al proyecto para que fuese viable. No es difícil captar en Descartes un cierto escepticismo hacia el proyecto, de tal modo que, según él mismo, los requerimientos son tan altos (conocer la verdadera filosofía y tener en el lenguaje un orden semejante al que hay en los números) que sería necesario que el mundo fuese un paraíso terrenal para llevarse a término. Al tiempo, parece que el propio Mersenne sí simpatizó con la idea como lo denuncia su obra de 1636 llamada *Harmonie Universelle*, y ya la Cuestión XXVII de sus *Questions Inouyes* de 1634 trata la cuestión de la igualación de la pronunciación con la escritura de palabras, como forma de facilitar el aprendizaje de una lengua (Cf. Mersenne. 1985, p. 73-75). No tengo información sobre si Mersenne simpatizaba con la idea en 1629, pero lo que es cierto es que el proyecto de Hardy llamó su atención en una medida suficiente como para exponer la idea al escrutinio de Descartes. Quizá el simpatizante más conocido y entusiasta del proyecto haya sido Leibniz, quien se empeñó en llevar a término el lenguaje universal a pesar de conocer las objeciones de Descartes, como lo denuncia una transcripción suya de esta carta que Louis Couturat incluye en los fragmentos inéditos del filósofo (Cf. Leibniz. 1988, p. 27-28).

La carta ha sido traducida directamente del francés de la versión en que aparece titulada como *carta XV*, en el primer tomo de las *Oeuvres de Descartes* editadas por Charles Adam y Paul Tannery. Me he servido también de la versión que presenta André Bridoux en su recopilación de las obras y cartas de Descartes, y también de la traducción inglesa de Anthony Kenny. Mi criterio fue conservar el contenido por encima del estilo y otras consideraciones, y debo admitir que tomé prestadas más cosas de la traducción de Kenny de lo que hubiera preferido. Debo agradecer al profesor Gonzalo Serrano Escallón y a mis colegas Marco Steve Macraigne y José Álvarez, quienes leyeron la traducción y aportaron valiosos comentarios y correcciones a la misma. También a la filóloga clásica y estudiante de Maestría en filosofía Liliana Carolina Sánchez por su aporte en la corrección de la traducción de las citas en latín.

2. Traducción de la Carta de Descartes al Padre Mersenne del 20 de Noviembre de 1629. A-T. I, 76-82.

Reverendo Padre: Esta propuesta de una nueva lengua parece más admirable a primera vista que cuando la considero detenidamente, porque no hay sino dos cosas que aprender en todas las lenguas, a saber, la significación de las palabras y la gramática. Respecto a la significación de las palabras vuestro hombre no promete nada particular; pues él dice en la cuarta proposición: *interpretar esta lengua con ayuda de un diccionario*,¹ que es lo que un hombre un poco versado en lenguas puede hacer sin ella en todas las lenguas comunes. Y estoy seguro que si usted diese al señor Hardy² un buen diccionario de chino³ o de alguna otra lengua que sea, y un libro escrito en la (77) misma lengua, él se propondría aclarar su sentido.

Aquello que impide que todo el mundo pueda hacerlo es la dificultad de la gramática. E imagino que este es todo el secreto de vuestro hombre, pero esto no es nada que no sea muy fácil, porque el hacer una lengua donde no hay más que un solo patrón de conjugación, de declinación y de construcción de las palabras, no hay defectivos ni irregulares, los cuales son cosas introducidas por la corrupción del uso, e igual que la inflexión y construcción de los nombres y los verbos, se hacen por afijos o delante o detrás de las palabras primitivas⁴, y aquellos afijos son completamente especificados en el diccionario, no será de sorprender que los espíritus vulgares aprendan, en menos de seis horas, a componer [Frasas y discursos] en esta lengua con la ayuda del diccionario, lo cual es la meta de la primera proposición.⁵

La segunda, a saber: *conocida esta lengua, conocer todas las demás, como sus dialectos*.⁶ Esto es sólo para hacer valer la droga⁷, pues él no pone un límite respecto al tiempo en que se las podría aprender, sólo [dice] que se les considerarían como dialectos de ésta, la cual se toma por primitiva, porque no tiene las irregularidades gramaticales de las otras.⁸ Y además él advierte que en su diccionario, respecto a las palabras primitivas, puede servirse de aquellas que están en uso en todas las lenguas como de sinónimos. Por ejemplo, para significar “el amor”, tomará *aimer, amare, Φιλειν, etc.* Y un francés, adicionando a “*aimer*” el afijo que marca el nombre sustantivo, formará el nombre correspondiente a *amour*, un griego adicionará el mismo afijo a *Φιλειν*, y así los otros. (78) A continuación, su sexta proposición es muy fácil de entender: *Inventar (hallar) una escritura*⁹, pues si vuestro hombre puede poner en su diccionario un solo símbolo¹⁰ que corresponda con *aimer, amare, Φιλειν*, y sus sinónimos, el libro escrito con esos caracteres podrá ser interpretado por todos aquellos que posean este diccionario.

La quinta proposición, al parecer, no sirve más que para hacer valer su mercancía¹¹, y tan pronto como veo la palabra *misterio* en alguna propo-

sición, comienzo a tener de ella una mala opinión.¹² Más creo que vuestro hombre no quiere decir otra cosa sino que tiene un gran conocimiento de las gramáticas de todas esas lenguas que él nombra, para abreviar la suya, de tal modo que puede enseñarlas más fácilmente que los maestros ordinarios. Queda la tercera proposición, que es todo un misterio para mí, pues vuestro hombre dice que explicará los pensamientos de los antiguos, por medio de las palabras que ellos usaron, al tomar cada palabra como expresando la verdadera definición de la cosa, lo que propiamente dicho significa que expondrá los pensamientos de los antiguos dando a las palabras de éstos un sentido que no tienen y que no tomaron jamás. Esto repugna, pero quizá vuestro hombre lo entiende de modo distinto.¹³

Ahora bien, este pensamiento de reformar la gramática, o más bien, de hacer una nueva que se pueda aprender en cinco o seis horas, y que se pueda volver común para todas las lenguas, no dejaría de ser una invención útil al público, si todos los hombres quisieran concordar en su puesta en uso, sin dos inconvenientes que preveo.

170 El primero es la mala reunión de las letras que con frecuencia produciría (79) sonidos desagradables e insoportables al oído, pues todas las diferencias de inflexiones de palabras son hechas por el uso [precisamente] para evitar este defecto; y es imposible que vuestro autor haya podido remediar ese inconveniente haciendo su gramática universal para toda clase de naciones, pues lo que es fácil y agradable a nuestra lengua es rudo e insoportable para los alemanes, y así para otros. Si bien, todo lo que él pudo haber hecho fue evitar esta mala reunión de sílabas en una o dos lenguas, y así, esa lengua universal no sería más que para un [solo] país. Pero nosotros no necesitamos aprender una nueva lengua para hablar solamente entre franceses.¹⁴

El segundo inconveniente está en aprender las palabras de esta lengua. Porque si cada uno usa como palabras primitivas las palabras de su propia lengua, ciertamente no tendrá tanta dificultad. Más él no será, de ese modo, entendido por algunos de su país sino por escrito, en el momento en que, quien le quiera entender, se tome la molestia de buscar todas las palabras en el diccionario, lo cual es demasiado aburrido para que se ponga en uso. Si vuestro hombre requiere gente que aprenda las palabras primitivas comunes a todas las lenguas, no encontrará jamás persona que se tome esta molestia. Sería más fácil hacer que todos los hombres concordasen en aprender la lengua latina, o alguna otra de aquellas que están en uso, que ésta en la que no hay todavía libros escritos para practicar, ni hombres que la conozcan con los que se pueda adquirir el uso de hablarla¹⁵. Así pues, toda la utilidad que veo puede conseguirse de esta invención (80) está en la palabra escrita. Supongamos que vuestro autor hizo imprimir un gran diccionario de todas las lenguas en las que se quiere hacer entender, y pone para cada palabra

primitiva un símbolo correspondiente al significado y no a las sílabas, un mismo carácter para, por ejemplo, *aimer*; *amare*, *Φιλειν*, de tal modo que quien tiene el diccionario y conoce su gramática, puede buscar todos esos caracteres uno después del otro e interpretar en su lengua lo que está escrito. Pero esto no será bueno sino para leer misterios y revelaciones, en otros casos, nadie que tenga algo mejor que hacer pasará por la pena de buscar todas esas palabras en un diccionario. Así, no veo esto de gran uso. Más quizá yo me equivoque. Solamente a usted he querido escribir todo lo que puedo conjeturar acerca de estas seis proposiciones que usted me ha enviado, con el fin de que cuando tenga usted vista la invención, pueda decir si la he descifrado bien.¹⁶

De resto, encuentro que sería posible añadir a esto [otra] invención, tanto para componer las palabras primitivas de esta lengua como para sus caracteres, de suerte que ella pueda ser enseñada en muy poco tiempo, y esto es por medio del orden; es decir, estableciendo un orden entre todos los pensamientos que puedan entrar en el espíritu humano, de forma semejante al orden establecido naturalmente entre los números. Y como se puede aprender en un día a nombrar todos los números hasta el infinito, de igual modo se aprenderá a escribir una infinidad de palabras diferentes en una lengua desconocida. Y se puede hacer lo mismo con todas las otras palabras necesarias (**81**) para expresar todas las otras cosas que caen en el espíritu de los hombres. Si este orden se encontrase, no dudo que esta lengua pronto se esparciría por el mundo, pues mucha gente emplearía gustosamente cinco o seis días de tiempo para poder hacerse entender por todos los hombres. Pero no creo que vuestro autor haya pensado en esto, tanto porque no hay nada en esas seis proposiciones que lo pruebe, como porque la invención de esa lengua depende de la verdadera filosofía. Pues de otro modo es imposible enumerar todos los pensamientos de los hombres y ponerlos en orden; ni siquiera distinguirlos clara y simplemente, que es, en mi parecer, el más grande secreto que se puede tener para adquirir la buena ciencia.¹⁷ Y si alguno hubiera explicado bien cuales son las ideas simples que están en la imaginación de los hombres, aquellas de las que se componen todos los pensamientos, y si tal explicación fuese aprobada por todo el mundo, me atrevería a esperar una lengua universal muy fácil de aprender, de pronunciar y de escribir, y principalmente, que ayudaría al juicio, representándole tan distintamente todas las cosas, que le sería casi imposible equivocarse. Al contrario, casi todas nuestras palabras tienen significados confusos; y el espíritu de los hombres está tan acostumbrado a ellas que esto le causa que no entienda casi nada perfectamente.¹⁸ Ahora bien, yo mantengo que esta lengua es posible, y que se puede encontrar la ciencia de la cual ella depende por medio de la cual los campesinos podrían juzgar mejor de la verdad de

las cosas, que como lo hacen ahora **(82)** los filósofos. Mas no espere verla jamás en uso; ello presupone grandes cambios en el orden de las cosas, y necesitaría que el mundo entero fuese un paraíso terrenal, lo cual no es una buena propuesta más que en el país de las novelas.¹⁹

Notas

¹ Aunque la carta fue escrita en francés, Descartes cita las proposiciones en latín, pues según parece fue en este idioma en el que las recibió. La proposición que aquí se cita dice en latín: *linguam ilam interpretari ex dictionario*. Nótese también que Descartes no cita literalmente todas las proposiciones, y las estudia en desorden; comienza por la cuarta, sigue con la primera, continua con la segunda, luego la sexta, luego la quinta y termina por la tercera.

² Ya hemos hablado de las dificultades para la identificación de Hardy.

³ La mención de la lengua china no es para nada gratuita en el contexto del siglo XVII. Lo que fue América para el siglo XVI, o el medio oriente para el siglo XIX, lo será China para el siglo XVII; es decir, el territorio exótico por antonomasia. Es casi generalizado que el europeo nunca concibe al habitante del territorio exótico como un igual, siempre lo rebaja o lo diviniza. Frente al problema concreto de la lengua universal, China fue tenida por la única nación del mundo que tenía una lengua perfecta. El inglés John Webb (1611-1672), basado en la historia de China del misionero jesuita Martini, argumentó que los chinos descendían de una tribu semita que se asentó en el extremo oriente antes de que ocurriese la confusión de las lenguas en Babel. Eso querría decir, nada menos, que la lengua china era la lengua más cercana a la lengua adánica, es decir, a la lengua con la que Adán habló con Dios y nombró a los animales, y principalmente, con la que Dios creó el mundo. Se creyó que la lengua adánica, la lengua perfecta, se había perdido en Babel, pero si hubo una tribu semita que no sufrió las consecuencias de la confusión babilónica, como sostiene Webb, entonces nos encontramos con la lengua más cercana a la lengua de la creación del universo. Van Helmont (1614-1699) sigue defendiendo la idea medieval de que el hebreo es la lengua adánica, frente a Webb quien piensa que incluso la Biblia fue traducida del chino al hebreo (Cf. Mungello. 2003, p. 92-93; Dascal. 1994, p. 19). Los testimonios de Bacon y de Mersenne muestran la fascinación de los europeos con los caracteres chinos en tiempos de Descartes (Cf. Bacon. 1988, p. 144-147; Mersenne. 1985, p. 73-74).

⁴ José Álvarez sugiere la siguiente traducción: “Pero dicho secreto no es muy difícil; ya que haciendo una lengua en la que no haya sino una manera de construir las palabras en la que no hayan verbos defectivos ni irregulares, que en todo caso vienen de la corrupción del uso, e incluso con nombres y verbos cuya inflexión y construcción se hagan por afijos delante y al final de las palabras primitivas...”

⁵ La anterior es la descripción de lo que se pensaba, en términos generales, que debía ser una lengua universal perfecta. Se parte de unas palabras primitivas cuyas modificaciones por medio de afijos y sufijos (afijos delante y detrás de las palabras) formarían otras palabras como nombres, verbos, y quizá también adjetivos. Es interesante la mención de que los verbos defectivos e irregulares fueron introducidos por *la corrupción del uso*. Ya Bacon advierte que muchas de nuestras palabras provienen de la mente sencilla y vulgar de la gente del común, razón por la cual los sabios terminan confundidos y teniendo que llevar a cabo disputas sobre las palabras mismas que usan (Bacon. 1984. I, § 59). Es contra la corrupción del uso que la lengua universal debe ser postulada, pero si busca mantenerse como lengua perfecta debe entonces no ser una lengua popular, lo que en principio contradice su carácter de universal. Esto lleva a pensar que la lengua universal era concebida como una lengua para las elites científicas; un nuevo “latín” fabricado exclusivamente para la ciencia. Descartes no conservó en su carta la formulación de esta primera proposición, ni tampoco lo hará con la quinta y la tercera.

⁶ *Cognita hac lingua caeteras omnes, ut eius dialectos, cognoscere.*

⁷ Literalmente: “ce n’est que pour faire valoir la drogue”. Kenny traduce “This is just sales talk”. Derrida ve en esta afirmación una acusación de Descartes a Hardy de introducir “drogas” en la cultura, no obstante, no desecha que sea una alabanza de Hardy a su propia

“mercancía”. Creo que también podría traducirse, de forma más libre, como “esto no es más que regateo”.

⁸ Los europeos del siglo XVII debían enfrentar dos problemas referentes al language: a) ¿Cómo explicar la gran cantidad de lenguas distintas en el mundo que se ha hecho más amplio desde los descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI?, y b) ¿Cómo explicar que ciertas palabras tuvieran un cierto parecido tanto en su forma como en su significado perteneciendo a distintos idiomas, como por ejemplo el inglés “people”, el francés “peuple”, el español “pueblo” y el italiano “popolo”? La respuesta a la primera preguntaba la daba el pasaje bíblico sobre la confusión de las lenguas, más conocido como el relato de la Torre de Babel (Génesis 11, 1-9). La respuesta a la segunda se daba recurriendo a la lengua adánica. Esta era la lengua perfecta por antonomasia, la lengua del conocimiento de acuerdo a la cual Adán colocó los nombres de los animales, y se comunicó con Dios (Génesis 2, 19-20). El hombre, buscando igualarse a Dios, erige la torre de Babel. Allí Dios confunde sus lenguas haciendo imposible la comunicación entre ellos, pero no de forma absoluta. Así, Babel explica la diversidad lingüística, mientras la lengua adánica explica el parecido entre lenguas lejanas, las cuales podrían considerarse como dialectos de lengua adánica. Estos dialectos son a su vez lenguas madres de otros dialectos. En el ejemplo mencionado, la palabra latina “populus” es la fuente de la similaridad de las expresiones en los idiomas mencionados arriba. El latín es el punto de encuentro de estas lenguas (unas más cercanas al latín que otras), lo que lo convierte en una lengua madre. Es claro que no todos los parecido lingüísticos se podían explicar por la mediación del latín como el del inglés “understand” y el alemán “Verstanden”, o como el del latín “rex, regis” y el sánscrito “raja”. No obstante, en el siglo XVII era posible explicarlas, o bien postulando otras lenguas madre, o bien desde la misma lengua adánica. Los proyectos de lenguas universales son un intento por reconstruir la lengua adánica, la lengua madre de todas las lenguas madre.

⁹ *Scripturam invenire*.

¹⁰ Aquí sigo la traducción inglesa que traduce “Chiffre” por “Symbol”, no obstante, valga destacar que el uso de “Chiffre” (cifra) relaciona el proyecto de lengua universal con las matemáticas, algo que aparecerá de forma más clara en el proyecto de Leibniz. Steve Macraigne sugiere que “Chiffre” también podría entenderse como “item”.

¹¹ Es decir, su proyecto.

¹² Descartes siente reticencia por las ciencias ocultas que florecieron en los dos siglos anteriores y que todavía tienen gran popularidad en el XVII. Un testimonio contra estas doctrinas lo encontramos en *Discurso del Método*, A-T, VI, 9. Es probable que Descartes fuese escéptico respecto a la idea de un lenguaje universal debido a que fueron los magos y alquimistas del renacimiento los que la popularizaron. Es probable que Descartes mismo conociera proyectos similares en las obras de Cornelio Agrippa (1486-1535), mago y alquimista, quien era un autor muy popular entre los rosacruces, movimiento que Descartes conoce entre 1619 y 1620, y del que se separa pronto. Las obras de Agrippa retoman puntos cruciales de las obras de Raimundo Lulio (1235-1313) (entre las que se cuenta un comentario al *arte breve* de Lulio), quien es el primero en postular un lenguaje completo y automático para el razonamiento (Cf. Nidditch. 1987, p. 24-25). Gaukroguer destaca, no sin incomodidad, las similitudes entre este proyecto de lengua universal de Lulio retomado por Agrippa y el método cartesiano (Gaukroguer. 1994, p. 50-51). La incomodidad está en que Descartes descalifica explícitamente el proyecto luliano. Véase *Discurso del Método* A-T, VI, 17.

¹³ Aquí terminan las conjeturas sobre las seis proposiciones, que es la primera parte de la carta.

¹⁴ Descartes es conciente de que el agrado es causa del uso de ciertas expresiones, y que éste no es universal. La preocupación de Descartes podría, así, desembocar en una discusión puramente estética: ¿Cómo hacer para que las palabras de la lengua universal sean agrada-

bles para todo el mundo? Si lo son, no tendremos que temer que las cambien por palabras que les parezcan agradables, de modo que la lengua se corrompa por el uso. No obstante, en toda nación el gusto parece distinto, razón por la cual, la corrupción de la lengua parece inevitable. El problema se resume entonces en que esta lengua no puede ser universal e incorruptible al mismo tiempo.

¹⁵ Literalmente: “acquérrir l’usage de la parler”. (Adquirir el uso de hablarla).

¹⁶ En esta segunda objeción, Descartes argumenta a favor de lo poco práctico de una lengua tal, pues sería engorroso estar buscando en el diccionario las palabras que conforman un tratado escrito en esta lengua. Sería mejor enseñar a todos latín o alguna otra lengua en uso. Hay un ejemplo similar acerca del lenguaje de signos de los sordomudos en *Discurso del Método* (A-T, VI, 57-58). Aquí termina, según la división presentada en la introducción, la segunda parte de la carta que consiste en objeciones generales respecto al proyecto.

¹⁷ Lo que está diciendo Descartes, en resumidas cuentas, es que un lenguaje universal requiere de la verdadera ciencia, la cual depende a su vez de un método para ordenar los pensamientos, el cual es semejante al que se sigue en el ordenamiento de los números. Es muy probable que Descartes esté pensando aquí en las *Reglas para la Dirección del Espíritu* que escribió en 1628, un año antes de esta carta, donde sostiene que el recto camino de la verdad sólo se alcanza estudiando objetos que ofrezcan una certeza semejante a la proporcionada por la aritmética y la geometría (A-T. X, 366). La certeza de las ciencias matemáticas proviene de su método, de modo que la manera en que un cierto saber puede convertirse en ciencia es tomar el método matemático y aplicarlo a los objetos propios de este saber. Así, de la aplicación del método de las matemáticas o *mathesis universalis* a todo objeto de conocimiento proviene la verdadera ciencia, mientras que el lenguaje es sólo el medio en que esta ciencia se transmite. El lenguaje universal es sólo el instrumento transparente de la *Mathesis Universalis* presentada en la *regla IV* (Cf. Serís. 1992, p. 188). Nótese el contraste con Leibniz, quien creía que una lengua tal podía inventarse a pesar de que nuestro conocimiento no fuese perfecto. Al contrario de Descartes, Leibniz piensa que esta lengua sería una herramienta excelente para servirnos de lo que sabemos, para darnos cuenta de lo que nos hace falta y para encontrar los medios de su alcance (Cf. Leibniz. 1988, p. 28). Descartes no le da un papel al lenguaje en el descubrimiento de nuevos conocimientos, al contrario, éste sólo es como un espejo que refleja (o debe reflejar) los pensamientos de la mente. El lenguaje es reducido a una función meramente comunicativa, secundaria respecto al conocer (Cf. Dascal. 1994, p. 27). Hay un famoso pasaje del *Discurso del Método* (A-T, VI, 57-58) que Chomsky y Belaval tienen como un lugar importante a la hora de hablar del lenguaje en Descartes (Cf. Chomsky. 1969, p. 19-20; Belaval, p. 181). Allí, Descartes sostiene que si bien el lenguaje es una facultad humana de la cual los animales están excluidos, no se requiere mucha capacidad racional para ejercerla. Esto plantea un serio divorcio entre lenguaje y conocimiento. Podemos hablar y expresarnos sin que, en principio, nuestro nivel cognoscitivo tenga alguna importancia relevante para ello.

¹⁸ Esta última consideración está en consonancia con las afirmaciones de Bacon sobre el lenguaje que varias veces hemos traído a colación.

¹⁹ La expresión en francés es “pays des romans”; el “país de las novelas”. Nótese que Descartes sostiene la posibilidad de la lengua y de la ciencia que la sustenta, pero luego se da cuenta que los requerimientos de la primera se salen del plano de lo posible. Así, Descartes sí creía en la posibilidad de esta ciencia, como parece mostrarlo en las *Reglas*, más no en la del lenguaje universal. De ese modo, el que Descartes crea posible un lenguaje tal sólo si cumple tan altos requerimientos, podría ser un artificio retórico para no ofender a Mersenne quien podría ser partidario del proyecto ya en 1629. Podría estarle diciendo, de forma muy cortés, que es un sueño demasiado ambicioso. No obstante, la formulación de la cuestión por Descartes no deja de ser tremendamente ambigua. La cuestión hace que Derrida llame

a esta lengua *posible-imposible*, en tanto Descartes habla de la posibilidad de una lengua imposible (Cf. Derrida. 1995, p. 69). Decir que esa lengua sólo sería posible si “el mundo fuese un paraíso terrenal” es también ambiguo, lo que no es necesariamente negativo: por un lado, implica retomar la lengua adánica, la lengua hablada en el paraíso. Por otro, hace alusión a lo ilusorio del proyecto.

Referencias Bibliográficas

Primaria

- Descartes, R. (1987). *Oeuvres*. Publiées par Charles Adam y Paul Tannery. I. *Correspondence. Avril 1622- Février 1638*. Paris. Librairie Philosophique J. Vrin. p. 76-82.
- Descartes, R. (1966). *Oeuvres et Lettres*. Textes Présentés par André Bridoux. Bruges. Bibliothèque de la Pléiade. p. 911-915.
- Descartes, R. (1970). *Philosophical Letters*. Translated and edited by Anthony Kenny. Oxford, Clarendon Press, p. 3-6.

Secundaria

- 176 Arquímedes (2005). *Método sobre los Teoremas Mecánicos*. En: Hawking, S. *Dios Creó los Números*. Traducción de Pedro Miguel González y Joan Vaqué Jordi. Barcelona. Editorial Crítica. p. 163.
- Bacon, F. (1988). *El Avance del Saber*. Traducción. y notas María Luisa Balseiro. Madrid. Alianza Editorial. p. 144-147.
- Bacon, F. (1984) *Novum Organum*. Traducción de Cristóbal Litrán. Barcelona. Ediciones Orbis.
- Belaval, Y. (1960). *Leibniz critique de Descartes*. Paris : Gallimard. P. 181.
- Chomsky, N. (1969). *Lingüística Cartesiana*. Traducción de Enrique Wulff. Madrid. Editorial Gredos. p. 19-20.
- Dascal, M. (1994). *Lenguaje y Conocimiento en la Filosofía Moderna*. En: Olaso, E. (ed.) *Del Renacimiento a la Ilustración I*. Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía. v. 6. Madrid. Editorial Trotta. p. 15-51.
- Derrida, J. (1995). *Las Novelas de Descartes*. En: Derrida, J. *El Lenguaje y las Instituciones Filosóficas*. Traducción del Grupo Decontra. Barcelona. Editorial Paídos. p. 55-83.
- Descartes, R. (1980). *Reglas para la Dirección del Espíritu*. En: Descartes, R. *Obras Escogidas*. Traducción de Ezequiel Olaso y Tomás Zwanck. Buenos Aires. Editorial Charcas.
- Eco, U. (1994). *La Búsqueda de la Lengua Perfecta*. Traducción de María Pons. Barcelona. Editorial Crítica. p. 183.
- Garber, D & Ayers, M. (Eds.). (2003). *The Cambridge History of Seventeenth-Century Philosophy*. 2 v. Cambridge. Cambridge University Press.
- Gaukroger, S. (1995). *Descartes. An Intellectual Biography*. Oxford. Clarendon Press.
- Gaukroger, S. (1994). *The Sources of Descartes's Procedure of Deductive Demonstration in Metaphysics and Natural Philosophy*. En: Cottingham, J. (ed.)

- Reason, Will, and Sensation. Studies in Descartes Metaphysics.* Oxford. Clarendon Press. p. 200-202; 445n.
- Leibniz, G. W. (1977). *Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento Humano.* Traducción de Javier Echeverría. Madrid, Editora Nacional.
- Leibniz, G. W. (1988). *Opuscles et Fragments Inédits de Leibniz.* Editados por L. Couturat. Hildesheim. Olms. p. 29.
- Mersenne, M. (1986). *Harmonie Universelle.* Paris. Centre National de la Recherche Scientifique.
- Mersenne, M. (1985). *Questions Inouyes ou Recreation des Scavans.* Dir. Michel Serres; Texte revu par André Pessel. Tours. Librairie Artheme Fayard p. 73-75.
- Mungello, D. E. (2003). *European Philosophical Responses to Non-European Culture: China.* En: Garber, D & Ayers, M. (Eds.). *The Cambridge History of Seventeenth-Century Philosophy.* 2 v. Cambridge. Cambridge University Press.
- Nidditch, P.H. (1987). *El Desarrollo de la Lógica Matemática.* Traducción de Carmen García-Trevijano. Madrid. Editorial Cátedra. p. 27-28
- Rodis-Lewis, G. (1996). *Descartes.* Traducción de Isabel Sancho. Barcelona. Ediciones Península. p. 154.
- Rutherford, D. (1998). *Universal Language.* En: Craig, E. (ed.) *Routledge Encyclopedia of Philosophy.* London and New York. Routledge. v. 9. p.533-535.
- Séris, J.P. (1992). *Language and Machine in the Philosophy of Descartes.* En: Voss, S.(ed.) *Essays on the Philosophy and Science of René Descartes.* Oxford-New York. Oxford University Press.
- Voltaire.*DiccionarioFilosófico.* En:<http://www.e-torredebabel.com/Biblioteca/Voltaire/Diccionario-Filosofico-Voltaire.htm>

Para la vida de Claude Hardy

http://www-history.mcs.st-andrews.ac.uk/Biographies/Hardy_Claude.html

